



EL EFECTO RODRÍGUEZ

por Javier Moreno

Recuerdo de niño cuando, tras el beso de buenas noches, mamá salía de la habitación y apretaba el interruptor. Ese clic indicaba el fin del último tráiler de la jornada (desayuno-colegio-comida-de nuevo colegio-merienda-deberes-cena-irse a la cama) y el principio de la angustia en forma de un filme cuyos protagonistas eran fantasmas improvisando una siniestra coreografía. Así, hasta que cambiaba de canal. Y conseguía dormirme.

Una noche tras otra.

Todavía siento algo por el estilo cuando apago la luz de la lamparilla. Incluso, cuando cierro los ojos. A veces pienso que soy una especie de telón, de instrumento del que se valen las imágenes para poder materializarse. Imágenes que yo no controlo, que aparecen y desaparecen, emanadas de un proyector que todavía no he conseguido ubicar.

¡Una de vaqueros, una de vaqueros! Oía gritar a mis amigos. Y entonces cerraba los ojos y todo comenzaba con el rugido del león de la Metro y después me dedicaba simplemente a contar lo que yo veía allí, debajo de los párpados, en formato cinemascopio. La cosa duraba aproximadamente una hora y media. Y ellos permanecían allí, mascando chicle o comiendo palomitas, agradecidos por asistir a una película sin tener que sacar entrada y sin cortes publicitarios. Lo peor era cuando alguna compañera solicitaba una película romántica. Entonces no podía evitar un sonrojo que se

prolongaba durante toda la proyección y que aumentaba en las escenas en las que el galán besaba a la enamorada en medio de un estremecimiento de violines.

De ahí mi interés por las imágenes.

Que a qué viene todo esto... Vayamos por partes.

Ayer tomaba el aperitivo en casa de un amigo cuando en la pantalla del televisor, esa ventana abierta a la distancia, vimos un avión estrellarse en una torre. Era una imagen grabada, y el periodista hablaba con un especialista en aviones, interesado en saber si lo que se había estrellado con el edificio de oficinas era una avioneta bimotor o un avión de pasajeros. Yo no sabía mucho de aviones, pero aquel aparato se parecía bastante a un boeing de los que transportan cientos de personas de una ciudad a otra. No me equivocaba. Apenas tuvimos que dejar pasar unos minutos para ver cómo un nuevo aparato se estrellaba con la torre de al lado. Casi no vimos el avión, sólo una nube de fuego y de humo brotando del edificio. Con creciente alarma el periodista preguntaba retóricamente (el especialista en aviones parecía haber desaparecido) si aquella cadena de explosiones podía ser un accidente. No hace falta saber mucho de accidentes para darse cuenta de que aquello no lo era. Los accidentes no suelen tener mucho aprecio por la simetría.

-¿Tú qué piensas? -preguntó mi amigo.

-Que debe existir alguna ley que diga que dos aviones no pueden estrellarse con una diferencia de pocos minutos contra un par de torres idénticas. Algo así como el principio de exclusión de Pauli, aplicado a la aeronáutica -respondí.

-Suenan lógicos.

Además, estaba aquello otro que me rondaba por la cabeza. Hasta que lo vi claro. Imagínense asomados a un charco de agua empantanada que de repente se congela. El cieno hace las veces de azogue y en la superficie helada ven de improviso, nítidamente, su cara asombrada.

-Yo ya he visto esta película.

Mi amigo me miró entonces (intentaba hacer salir de debajo de los cubitos de hielo una aceituna rellena empapada de martini) por encima del vaso vacío.

Y todavía añadí.

-Ahora viene el Pentágono. Y Disneylandia.

Y ahí me equivoqué. Disneylandia quedó intacta.

Dije aquello sencillamente porque en mi película, que ahora recordaba con toda claridad, varios aviones de pasajeros se estrellaban contra una serie de objetivos estratégicos, Disneylandia entre ellos.

-Y cómo se llama la película -preguntó mi amigo.

-El fin de la postmodernidad.

-Ésa no la he visto -dijo al tiempo que lograba rescatar la aceituna.

Poco después de dejar a mi amigo me di cuenta de que en el rectángulo áureo del televisor había tenido una visión de la Gorgona. Sin embargo, es cierto, de los millones de personas que habían visto las mismas imágenes, ninguna de ellas se había convertido en piedra. Lo cual probaba, simplemente, que la mitología distaba de ser una ciencia exacta. Aunque no tanto. Bastaba contemplar los rostros y los movimientos de las personas para comprobar que algo había cambiado, un brillo de pórvido añadido a la mirada, una torpeza de piedra pómez cuando sujetaban sus vasos de cerveza o giraban el cuello mirando a las alturas.

Lo mismo me ocurría cuando de niño proyectaba una película de terror. Al abrir los ojos, justo después del THE END, los veía allí delante, petrificados, la mano con la palomita ya revenida a medio camino entre el cucurucho y la boca abierta.

Yo no tenía de qué preocuparme. Hace tiempo que tengo mi teoría. Si uno quiere defenderse de una imagen, entonces debe hacerlo con otra, si no quiere acabar siendo poseído por ella. Es lo que hizo Perseo, creó una imagen deformada del rostro de Medusa en la superficie cóncava de su escudo. Y así pudo acabar con el monstruo. Las imágenes nos fascinan, nos hipnotizan. Miles de personas acudían para ver cómo la

guillotina rebanaba el cuello de los enemigos de la República. Millones de soldados han acabado desmembrados en los campos de batalla porque habían sido fascinados por la imagen de un general, del estampado de una bandera. Otras tantas habrán llegado a casa con un objeto con el que no sabían muy bien qué hacer, encandiladas por el aura desprendida de un spot publicitario. Por eso lo mejor es construirse un talismán, un objeto que nos defienda del "mal de ojo" de ciertas imágenes que nos rodean. Una imagen que nos proteja.

Y eso es lo que hago. Algo necesario cuando uno se dedica al terror. Porque, sépanlo, el terror es mi auténtica especialidad. Mejor dicho, no el terror, sino su imagen distorsionada. Acuérdense de Perseo.

Chicos, dejad las palomitas. La sesión ha terminado. Volved a casa. Costaba sacarlos de aquel ensimismamiento, de aquella parálisis. Muchachos, cualquier parecido entre las imágenes que vais a ver y la realidad habrá que achacarlo a una mera coincidencia. No servía de nada que lo repitiese varias veces. De esta experiencia extraje una frase que resume mi escueta sabiduría:

La vida y la ficción guardan extrañas semejanzas.

Trabajar con imágenes. No me quedaba otro camino. A mis espaldas hay media docena de cortos. Dentro de poco espero poder dirigir mi primer largometraje cuyo título será "El efecto Rodríguez". De momento, trabajo en mi último cortometraje. "Dulce y salado", es su nombre. Lo imagino como la higa hecha con la mano, como el pequeño falo que colgaba del cuello de los romanos y que los protegía del *fascinum*, del "mal de ojo" que podía hacer caer de su caballo para romperse el cuello al general más laureado. Que de qué trata "Dulce y salado"... Ésa es una pregunta a la que intentaré dar cumplida respuesta.

"Dulce y salado" comienza con un timbrazo y una mujer abriendo una puerta. Al otro lado aparece su marido y, tras él, varios pasteleros que van entrando hasta el comedor docenas y docenas de tartas. Cuando han dejado encima de la mesa la última de ellas, desaparecen, quedando en escena marido y mujer, a solas. El matrimonio se sienta a la mesa y empieza a degustar una de las tartas. De improviso, el marido estampa una de

las tartas en el rostro desprevenido de la esposa. Risas por parte del público ante el tópico humorístico. La mujer también ríe. Momento que aprovecha el marido para arrojarle una segunda tarta. Las risas acrecen entre la concurrencia. Pero, antes de que el público tenga tiempo de tomar aire, el marido ya ha arrojado una tercera y una cuarta tarta. La mujer parece reír, pero no es eso, sino que boquea desesperadamente en busca de un poco de aire. Inútil, una lluvia de tartas cae sobre el rostro de la esposa, irreconocible bajo una capa espesa de merengue. Lejos de detenerse aquí, el marido continúa arrojando una tarta tras otra. La esposa intenta levantarse pero trastabilla y cae al suelo. Ya no es sólo su rostro sino su cuerpo entero el que naufraga bajo un emplasto de bizcocho, nata y chocolate. Después de un minuto, el cuerpo de la esposa deja de agitarse. Entonces el marido coge una guinda de una de las tartas que quedan sobre la mesa y la coloca en la cúspide de la masa amorfa que reposa en el suelo. A continuación agarra los cubiertos y comienza a comer apaciblemente del montón. Cuando el tenedor encuentra alguna resistencia se abre paso con la ayuda del cuchillo. "Dulce y salado" termina con un primer plano del hombre masticando un bocado del engrudo, la mirada perdida de un zombi, de un lobotomizado, de un hombre que ha mirado cara a cara a la Medusa.

No apta para menores de dieciocho años.

Una mente infantil no puede defenderse de ciertas imágenes de violencia, de sexo. Un niño que contemple esas imágenes corre el peligro de ser poseído por ellas, incapaz de librarse de su influencia, ajeno a las artes amatorias de los adultos o a las refinadas técnicas de represión y sublimación que proporciona la cultura. Un niño que se arroja desde un décimo piso vestido con una capa de Superman no confunde la realidad con la ficción. Sencillamente ha sido fascinado por la imagen planeadora del superhéroe y, sin posibilidad de enfrentarle una contraimagen defensiva, replica el original que proporciona la película.

Sólo caben dos posibilidades: o el deseo de ser fascinado y de prolongar esa sensación el mayor tiempo posible (sí, incomprensiblemente hay seres humanos deseosos de convertirse en piedra); o la elaboración de una nueva imagen, semejante a la original y al mismo tiempo distinta, esgrimida como legítima defensa.

Nunca me interesó la fascinación (de niño siempre pensé que lo más divertido de una pompa de jabón era el momento en el que se la explotaba). Por eso fabrico mis propias imágenes, mis propios escudos.

Mesmerismo, hipnosis, mal de ojo... son diversos nombres para esta posesión a distancia operada por las imágenes. Las tres desaparecieron con el correr de los años. La posesión se hizo menos evidente, más refinada. El truco consistió en convertir el mundo entero en una imagen, en el rostro de la Gorgona. Ahora el mundo está poblado de seres humanos alucinados, auténticos zombis vivientes.

Por eso era necesaria una obra como "El efecto Rodríguez". Muy pronto en las mejores pantallas.

El protagonista de "El efecto Rodríguez" es, como no podía ser de otra manera, Amancio Rodríguez, un comercial de perfumería que habita en un barrio periférico de una gran ciudad. Debido su trabajo, Amancio se ve obligado a realizar continuos viajes a lo largo y ancho de la geografía del país. En uno de esos viajes, Amancio encuentra un peaje de autopista. Algo inconcebible puesto que la concesión del peaje había caducado -después de veinte años- a las cero horas del día anterior (Amancio, a causa de sus múltiples desplazamientos, unido ello a una natural meticulosidad, conocía los plazos de concesión de casi todos los peajes de carreteras del país. En particular, aquél siempre le había parecido un tributo excesivo, hecho que explica el conocimiento exacto de la fecha y hora de su revocación). Amancio intenta razonar con el empleado encargado del cobro, quien no se atiene a razones. El enfado de nuestro personaje va en aumento mientras la fila de coches que sucede al suyo empieza a cobrar dimensiones desproporcionadas. No tardan en hacerse oír los cláxones y los insultos ante los que Amancio permanece impassible. Llega la policía y, frente al par de agentes uniformados, Amancio insiste en sus argumentos. Los policías andan desorientados, sin saber qué hacer ante lo insólito del caso. Finalmente el cobrador coge el teléfono de la cabina para intentar comunicar con su superior. La fila de coches ya se ha dispersado a estas alturas. A los quince minutos suena el teléfono. Amancio escucha tan sólo los monosílabos del cobrador como respuesta a su interlocutor. Todo está aclarado. Efectivamente, Amancio tiene razón, el periodo de adjudicación del peaje ha caducado. Sin embargo no ha habido

tiempo de retirar las cabinas. La solución es que Amancio pague el peaje y que rellene la correspondiente reclamación. En el plazo más breve posible, el dinero le será restituido. No hay otra solución. Amancio ya ha perdido demasiado tiempo. Cree que se comete una injusticia pero decide finalmente pagar la cantidad estipulada, eso sí, después de cumplimentar la correspondiente reclamación. La barrera se abre y Amancio prosigue su camino.

Pasan las semanas sin que A. Rodríguez reciba ninguna noticia de la empresa, así que decide ponerse en contacto telefónico con alguien que pueda decirle lo que ocurrió con su reclamación. Su llamada se pierde sin embargo una vez y otra en los vericuetos de un complejo sistema automatizado de opciones, un laberinto que acaba desembocando invariablemente en un silencio sideral auscultado a través del auricular del teléfono.

Cuando Perseo decapita a la Medusa, de su cuerpo moribundo nacen, completamente desarrollados, Pegaso y Crisaor. Algo absurdo, disparatado. Coartada para que el mito continúe a través de esta curiosa descendencia. Cuando un neutrón se desintegra, lo hace produciendo un protón, un electrón, y una partícula sin masa llamada neutrino y, por tanto, inexistente a efectos prácticos. Una imagen compuesta por filas de unos (partículas) y ceros (antipartículas) puede deshacerse. Sin embargo, la imagen es esa componente de masa despreciable que viaja en el espacio a la velocidad de la luz y que puede encarnarse en cualquier cerebro desprevenido. Pegaso trota y pasta en los verdes prados del Helicón, morada de las musas. No existe ninguna división exacta. El resto siempre es distinto de cero.

El resto es lo que permite que continúe la historia.

A. Rodríguez consigue ser recibido por un empleado de bajo rango de la compañía constructora, antigua adjudicataria de la concesión del peaje de la autopista. Le explica que el peaje, efectivamente, ya ha desaparecido. Cuando Amancio le habla de la reclamación, el empleado se distancia del asunto. Está fuera de su competencia. Él sólo se encarga de adjudicar subcontratas. Con quién puede hablar, demanda A. Rodríguez. Me temo que con nadie, es la sorprendente respuesta del empleado.

A los pocos días, leyendo el periódico, A. Rodríguez descubre que a la empresa deudora del importe de su peaje le ha sido adjudicada la explotación de un tramo de autovía de reciente construcción. La noticia habla de sospechas de financiación ilegal del partido en el poder por parte de la compañía agraciada en el concurso. A. Rodríguez tiene entonces una idea. Amancio Rodríguez se viste con su mejor traje, acude al Ministerio de Vivienda y solicita ser recibido por algún consejero. La secretaria intenta convencerlo de la dificultad del asunto. Hace un par de llamadas ante la expectación de nuestro personaje y le propone finalmente que calme su impaciencia haciendo uso de un cómodo asiento. Después de media hora, quiere la casualidad o el destino que un hombre haga su aparición en la sala de espera. Camina deprisa. A. Rodríguez se levanta y lo intercepta. Usted es un consejero, le pregunta. Sí, acaba por reconocer el hombre de corbata y maletín a juego. A. Rodríguez pronuncia el nombre de la empresa deudora del modesto peaje y a continuación le susurra algo al oído. Transmítale mi mensaje, dice al tiempo que introduce sus señas en el bolsillo de la chaqueta del consejero.

Amancio espera infructuosamente. Mientras tanto, los acontecimientos se precipitan. Amancio es despedido de su trabajo (se alega, como motivo, dejadez en el empleo sin causa justificada). Esto hace que su matrimonio, que ya pendía de un hilo, se rompa definitivamente. Abandonado por su mujer, obligado a vender el coche, acuciado por el banco, Amancio decide al fin tomarse la justicia por su mano. Ayudado por un amigo informático logra manipular los resultados de bolsa de la constructora. Alarmados por la caída en picado, los inversores venden sus participaciones. En un sólo día la compañía pierde el 50% de sus activos en bolsa. Lo sorprendente es que, llevados por un efecto dominó, la caída de la constructora se extiende a algunos bancos, a algunas compañías eléctricas y hasta a una empresa especializada en el tratamiento y almacenaje de agua potable. El sabotaje informático se descubre y así, de improviso, A. Rodríguez se convierte en objetivo privilegiado de la justicia. A. Rodríguez enciende la radio y escucha su nombre en boca del locutor, enciende la televisión y ve a alguien que habla de él como de un monstruo que ha llevado a la ruina a cientos, a miles de modestos inversores. Amancio no le hubiera dado demasiada importancia al asunto si aquel hombre que

hablaba en la tele no fuese un filósofo de moral intachable al que él concedía todo el crédito del mundo.

Y a partir de aquí abreviamos la historia. He aquí una colección de los sucesos más importantes.

A. Rodríguez se presenta en el despacho del filósofo irreprochable.

El filósofo irreprochable escucha su historia. Le pide que se entregue. Que crea en la justicia.

A. Rodríguez impone una condición: entrevistarse con el dueño de la constructora.

El filósofo irreprochable media para que tenga lugar la entrevista. Se acuerda un lugar neutral: un parque público.

El dueño de la constructora, que llamaremos Señor X, le ofrece a Amancio Rodríguez el reintegro de su peaje.

Amancio Rodríguez lo rechaza. Lo que quiere es saber la verdad, qué se esconde tras la constructora.

El Señor X ya no es el Señor X sino que es una palingenesis de la Medusa: pelo engominado en lugar de serpientes, corbata roja por lengua palpitante. En este preciso momento aparecerá en el filme el siguiente subtítulo:

Atención: la Medusa, i.e, la cruda verdad, i.e, el grado cero de ficcionalidad, puede producir daños irreparables, no olviden colocarse sus gafas deformantes, sus Scud Glasses, made in Sparta-Greece-EU.

Porque los espectadores llevarán sus gafas para ver "El efecto Rodríguez", obsequio por la compra de la entrada. La empresa no se hace cargo de los efectos que la visión de "El efecto Rodríguez" pueda tener sobre sus conciencias.

Y ahora llega la respuesta del Señor X a la petición de Amancio:

Nadie sabe toda la verdad. Sólo es posible conocer una porción de la verdad. Uno no puede saber toda la verdad porque la verdad no es un objeto que pueda contemplarse cómodamente desde fuera. La verdad vincula tanto al objeto como al sujeto, de modo que nosotros pertenecemos de alguna manera a la verdad (eso es lo que dice el Señor X, i.e, la Medusa, licenciado en Económicas y lector avezado de tratados de metafísica). En lo que respecta a la suya, puede decir:

El político dice: la mujer está liberada. Y *ellos* aplauden, pues ya pueden emplear a dos personas por el sueldo de una.

El político dice: inmigración es riqueza. Y *ellos* aplauden, pues ya pueden emplear a cuatro personas por el sueldo de una pareja.

El político dice: escuela para todos. Y *ellos* aplauden; y crían a los de su casta en cenobios de los que saldrán los presidentes y directores, los vicepresidentes y subdirectores.

El político dice: cultura. Y *ellos* aplauden; y venden televisores.

El político dice: medida. Y *ellos* aplauden; y venden bebidas sin alcohol y parches de nicotina.

El político dice: riqueza. Y *ellos* aplauden; y suben el interés de la hipoteca.

El político dice: seguridad. Y *ellos* aplauden; y venden armas y cámaras de vigilancia.

El político dice: bienestar. Y *ellos* aplauden; y edifican centros comerciales para el regocijo de la chusma.

El político dice: salud. Y *ellos* aplauden; y fabrican píldoras.

El político dice: sin *ellos* no seríamos nada. Y *ellos* aplauden; y regalan al paniaguado un ministerio con su cartera.

El político dice: el futuro es incierto. Y *ellos* aplauden; y ofrecen planes de pensiones y seguros de vida.

El político dice...

La escena acaba.

La Medusa regresa a su forma primitiva, la del Señor X. Amancio Rodríguez le da las gracias y se despide con un apretón de manos.

Después se entrega.

Lo juzgan.

Lo condenan.

En la cárcel recuerda algo. Se le olvidó preguntar al Señor X quiénes eran *ellos*.

Demasiado tarde.

Fin de "El efecto Rodríguez".

THE END

Pueden quitarse las gafas.

O pueden dejárselas puestas.